

Historia de la Filosofía Griega (vol. II: de Sócrates en adelante)

Luciano De Crescenzo

Seix Barral. Barcelona, 1987.

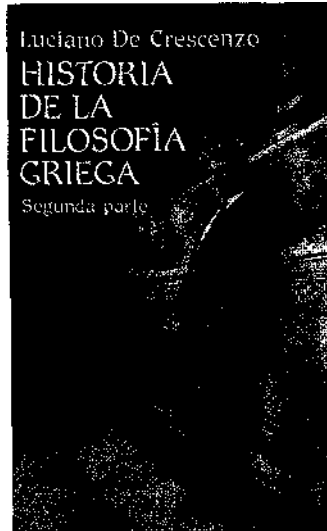
JAVIER ESCORIAL

Con el volumen segundo, que comprende desde Sócrates hasta el Neoplatonismo, completa Luciano De Crescenzo su Historia de la Filosofía Griega. Al comentar el volumen primero (CUENTA Y RAZÓN: núm. 29) expuse las peculiares intenciones con que el autor se enfrentaba a los albores del pensamiento occidental: llevar al ciudadano medio el origen y desarrollo de la filosofía griega por medio de un lenguaje llano y sencillo, dando a la obra un carácter divulgativo a la vez que instructivo, y tratando siempre el tema con desenfado y humor. El resultado conseguido era un libro ameno, entretenido y de fácil lectura, asequible para neófitos y lectores ocasionales de la filosofía. El volumen segundo continúa con las mismas intenciones, planteamientos y métodos, pero esta vez, el resultado conseguido no pasa de ser, simplemente, irregular.

Comienza De Crescenzo el capítulo dedicado a Aristóteles con una advertencia preliminar, en la que dice textualmente:

"Aristóteles era un profesor, y como muchos profesores era un poco pedante: además, hablando desde un punto de vista filosófico, era también una persona ordenada, y por tanto podría resultar aburrido. No era ni simpático como Sócrates, ni un escritor como Platón". (Cap. VI, pág. 111).

Transcribo textualmente la cita porque creo que en ella se encuentra la clave para entender gran parte del libro que nos ocupa. En mi opinión, la irre-



gularidad de este segundo volumen se debe a las simpatías o antipatías que el autor tiene hacia los distintos pensadores y sus doctrinas, lo que en cierta forma condiciona el ánimo y la perspectiva con que se afronta a cada uno de ellos.

Está claro que Sócrates constituye una figura simpática a los ojos del autor. En la lectura de su capítulo —en mi opinión el mejor del libro— se advierte fácilmente el cariño y la admiración que le profesa. Además, como Sócrates no dejó nada escrito y todo lo que de él sabemos proviene de sus discípulos, De Crescenzo se mueve en "campo abierto" y ello le posibilita un tratamiento del tema más propio de novela que de una Historia de la Filosofía. Así, el autor nos "narra" el proceso y la muerte de Sócrates, llegando incluso a introducir personajes y diálogos para conseguir una mayor fuerza dramática. Solamente, al final del capítulo se apuntan las aportaciones estrictamente filosóficas de Sócrates que tuvieron una importancia decisiva, a través de sus muchos discípulos, para la filosofía posterior.

Por Platón, De Crescenzo no siente la misma admiración que por Sócrates. No obstante, siguen atrayéndole ciertos planteamientos, de carácter utópico

o estético, que resuenan en la filosofía platónica. Quizá debido a ellos o tal vez para conseguir un mayor "efectismo" ante el lector, De Crescenzo se detiene, principalmente, en dos cuestiones llamativamente platónicas: la teoría política de la ciudad-estado ideal y la teoría sobre el Amor. Sin embargo, tal como se nos afirma en la cita antes transcrita, parece que se valora más al Platón escritor que al pensador, y si bien se nos deleita con diálogos de *La República* o *El Banquete* se tratan más bien de soslayo cuestiones fundamentales del pensamiento platónico, como la metafísica o la epistemología. Ello hace que, inevitablemente, la exposición resulte algo confusa y descompensada.

Por el contrario, lo que sí está claro es que De Crescenzo no siente ninguna simpatía por Aristóteles y su filosofía, tal y como lo declara en su "advertencia preliminar". En principio no habría nada objetable en que De Crescenzo y Aristóteles no estén en buenas relaciones, pero el problema surge cuando, a consecuencia de ello, la visión que nos presenta el autor de la filosofía aristotélica no hace verdadera justicia al pensamiento del Estagirita. Por ejemplo, a mi parecer resulta tremendamente injusto, aunque no se comparta la misma postura filosófica, confundir la profunda capacidad para el análisis metafísico de Aristóteles con un "frenesí de archivero más propio de un administrativo —digamos la verdad— que de un filósofo" (pág. 119), y esta misma actitud la mantiene el autor al enfrentarse al resto de la doctrina aristotélica.

A mi juicio, el problema no reside exclusivamente en una supuesta "incompatibilidad de caracteres", sino que el fallo proviene también de los planteamientos generales utilizados por el autor. Platón y Aristóteles son, indudablemente, los dos "grandes" de la filosofía griega, es más, constituyen dos columnas básicas del pensamiento occidental y no es empresa nada

fácil el presentar sus filosofías de forma sencilla, clara, ingeniosa y original. Creo que De Crescenzo se ha visto filosóficamente desbordado en su intento por conseguirlo.

Al llegar a las escuelas Helenísticas las aguas vuelven a su cauce, tomando el libro una tonalidad más armoniosa. Es claro que siguen existiendo simpatías y preferencias, pues De Crescenzo se siente a gusto con Epicuro y sus discípulos y algo incómodo junto a los Estoicos, prefiere antes a los Escépticos que a los Neoplatónicos. Sin embargo, en general, el terreno es grato para el autor y esto se refleja en una mayor regularidad en la exposición de lo tratado.

Al igual que en el volumen primero, se siguen intercalando —en capítulos separados y en negrita— ciertos personajes napolitanos que vienen a representar la continuidad de aquellas formas de pensar y vivir, constituyendo, además, una especie de relajación filosófica para el lector.

En definitiva, un libro que intenta acercar al lector medio el complejo mundo de la filosofía griega y que consigue, aunque de forma irregular, que las doctrinas filosóficas de la Antigüedad salgan al encuentro de los ciudadanos del siglo XX. Aunque sólo fuera por esto, la Historia de la Filosofía Griega (volúmenes primero y segundo) de Luciano De Crescenzo puede considerarse un intento interesante.

La guerra civil española (1936-1939)

Paul Presión

Plaza Janes Editores. Madrid, 1987. 243 páginas.

MANUEL MONTERO

Cin las diversas publicaciones que están viendo la luz con motivo del 50 aniversario de la

guerra civil, suele ser frecuente que, para explicar los orígenes de la contienda, se recurra, simplemente, a exponer los errores cometidos por derechas e izquierdas. El cuadro que acostumbra a ser correcto en el análisis de cada factor no lo es tanto en la visión última que el lector obtiene: rehuye el esfuerzo de interpretar globalmente los acontecimientos, de buscar su correlación.

Por ello es de agradecer la publicación de la obra del hispanista Paul Presten. Lejos de contentarse con visiones catastrofistas y unidimensionales, busca las líneas conductoras de las tensiones que provocaron el estallido de la guerra. "Pese a los muchos errores que comió, la República española constituyó un intento de mejorar la vida de los miembros más desasistidos de una sociedad represiva": tal afirmación es el punto de partida de una sugestiva interpretación que recuerda desde las primeras páginas que el régimen salido de la guerra fue un régimen represivo, que impuso una sesgada interpretación de España y conservó un sistema social anclado en la defensa de privilegios y desigualdades.

Sin embargo, el libro de Presten no es una obra partidista, sino que está escrito desde el esfuerzo por comprender las actitudes de uno y otro bando. Eso sí, realiza una precisa valoración de los comportamientos de las dos Españas que llegarían al enfrentamiento armado a partir de 1936.

¿Cómo fue posible que en sólo cinco años se pasase del clima de 1931, en que muy pocos creían que los problemas de España tenían que resolverse por las armas, al de 1936, cuando se generaliza la convicción de que la guerra es inevitable? Paul Presten analiza en breves, pero sustanciosas páginas, las líneas fundamentales de los antagonismos en los años republicanos.

El golpe de Estado, la formación de dos bandos contendientes —posibilidad apenas prevista por los sublevados—, ágil-

mente descritos, son el punto de partida de la interpretación que hace Presten de los acontecimientos bélicos. Sin detenerse en los problemas militares de la guerra —sólo esbozados, pero sin perderlos de vista— centra su estudio en dos fenómenos claves: el papel decisivo que tuvo la situación internacional —que pesó en la evolución política de cada bando— y la organización interna del poder en ambos lados. El encumbramiento de Franco, la formación ideológica del nuevo régimen, las dificultades de la acción gubernamental en la República, el desarrollo de iniciativas revolucionarias, las actitudes anarquista, comunista, socialista... son descritos con precisión.

El resultado es una brillante obra, que constituye una notable aportación para una historiografía muchas veces necesitada de síntesis accesibles.

El movimiento obrero en Vizcaya: 1967-1977. Ideología, organización y conflictividad

Pedro Ibarra Güell

Universidad del País Vasco. Bilbao, 1987. 583 páginas.

J-/a compleja historia del movimiento obrero vizcaíno en la última década del franquismo ha sido analizada rigurosa y sistemáticamente por Pedro Ibarra en su tesis doctoral, ahora publicada. Su libro viene a ocupar un lugar relevante en la historiografía vasca, al abordar una temática apenas estudiada y en los últimos tiempos incluso relegada por el empuje de conceptos que dejan en un segundo plano el papel del movimiento obrero.

La obra contribuye, así, a recuperar una parte importante de nuestra historia reciente. Escrita a partir de abundante documentación de primera mano,

que incluye publicaciones clandestinas, fuentes judiciales y testimonios verbales, consigue reconstruir las diversas fórmulas organizativas que se barajaron y funcionaron entre 1967 y 1977, así como las alternativas ideológicas que pesaron en los grupos obreros. El análisis de la conflictividad tiene, también, un puesto destacado. Pese a las dificultades de seguir la marcha de un movimiento clandestino, consigue el autor trazar un cuadro nítido, en el que describe el modelo al que en líneas generales se ajustó la organización obrera y la misma conflictividad.

Inicia la obra una afirmación que, como señala el profesor Tuñón de Lara en su prólogo al libro, a buen seguro escandalizará a más de un historiador. "Mi historia es una historia parcial y, además, partidaria —escribe Pedro Ibarra—. Reconozco que no soy neutral frente al movimiento obrero. Me gusta que una huelga finalice con la victoria de los trabajadores". Tal confesión sirve para delimitar el campo de estudio y conocer la posición del autor. Y permite comprobar, una vez más, que la subjetividad ideológica —por lo demás, cualquier obra de historia se escribe desde posiciones previas, aunque no faltan historiadores que lo nieguen en aras de una imposible y sospechosa objetividad plena, aséptica y abstracta— no impide un análisis objetivo y científico si, como en este caso, se sigue un rigor metodológico. El libro, escrito desde una apasionada objetividad, desbroza paulatinamente los múltiples aspectos que componen la variada historia del movimiento obrero en Vizcaya durante una década que fue de expansión, pese a las difíciles condiciones en que se desarrollaba.

Los problemas organizativos de la clandestinidad, la utilización de representantes legales como los jurados de empresa, la consolidación de Comisiones Obreras, el papel de otras organizaciones sindicales o el funcionamiento de los comités de

empresa se estudian en esta obra de forma precisa y contrastada. Se abordan, también, las estrategias que en cada momento tuvieron los diversos partidos. El tipo de reivindicaciones —económicas, políticas, la penetración de aspiraciones nacionalistas— quedan, asimismo, debidamente caracterizadas. En conjunto, pues, la obra constituye una valiosa aportación que recuerda el papel dinamizador que, pese a sus divisiones internas, jugaron las organizaciones obreras en las postrimerías del franquismo.

Ahora mismo

A. de Miguel

Espasa Calpe. Madrid, 1987.
163 págs.

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

¿Jue el historiador dialogue con el sociólogo tendría que ser acto normal en cualquier ambiente científico. Y, sin embargo, en España no ocurre así. Entre las "nuevas" y "viejas" humanidades no se han tendido aún los puentes necesarios para facilitar tal ejercicio. Ni en congresos, ni en mesas redondas o en actividades similares, la comparecencia simultánea de los cultivadores de una y otra disciplina es espectáculo infrecuente. Ancestrales tabúes de nuestra vida intelectual "justifican" históricamente este divorcio, que debe dar paso prontamente a una situación radicalmente distinta.

La historia, saber del pretérito, apunta siempre hacia el futuro, mientras que la sociología, estudiosa del presente, construye las bases de ese futuro. Tal es, quizás, el máximo punto de convergencia de ambos saberes.

Muchos testimonios de ello se encuentran en el último, a la fecha —comienzos de otoño de 1987—, de uno de nuestros más sobresalientes y laboriosos sociólogos. *Ahora mismo* es, sobre todo, una apelación más transida de emoción que lo que

su desenfadado planteamiento transparenta para construir un porvenir inserto plenamente en la modernidad. La racionalidad, la previsión, el cálculo, constituyen el trípode en el que puede asentarse la construcción de un país situado realmente en dicha situación y no sólo de manera voluntarista o propagandista. Salvo su ordenamiento eclesial, el autor propone como ejemplo del camino a seguir a Inglaterra. Sin entonar cantos epinicios a la joven democracia hispana, Amando de Miguel se muestra partidario de una revisión crítica de muchas de sus mores, al propugnar un fuerte y sostenido impulso de la sociedad como protagonista relevante de nuestra democracia finisecular. La sempiterna ortopedia estatal aún paraliza o atrofia órganos esenciales de un régimen democrático, alimentado en especial, como ya enseñara Tocqueville, por el esfuerzo y la energía de las agrupaciones ciudadanas. A mayor participación, concluye en este punto el autor, un mayor nivel de igualdad y una mayor raigambre de la democracia. Ya sea en el análisis de la postura cívica ante las catástrofes naturales o los grandes accidentes técnicos; ora sea en la interpretación de la sociedad consumista o en la reflexión sobre el presente y el futuro de la enseñanza, el particular principio de Arquímedes del autor es siempre el mismo.

Llevado de este acertado afán reivindicativo, el autor quizá llegue, no obstante, a ser un tanto injusto con lo que con frase estereotipada denominaríamos clase dirigente y, de manera singular, con la que controla en la actualidad el Gobierno de la nación: Pese a lo cual, sus agudas observaciones en torno a la cultura dirigida que hoy padece nuestro país son casi sin excepción plenamente suscribibles, tanto cuando es manipulada desde las instancias políticas, como cuando lo es desde otras esferas, privadas u oficiales. Es rara en la España de hodierno la especie del intelectual independiente. Amando

de Miguel lo es en toda la extensión del término. Acúdase a sus ilustraciones y denuncias y se comprobará. Aunque sólo fuera en pequeñas dosis, una bocanada de sinceridad y rigor sería indispensable para la cultura española de este fin de siglo, tan intoxicada y averiada en todos sus costados.

La enjundia de este capítulo del libro no debe dejar sin escueta alusión otras muchas propuestas y formulaciones de sus páginas, impresas con cierto apresuramiento a tenor de sus erratas. Aunque el autor declara un saludable temor a la erudición barata, su descripción de la población española a lo largo del siglo XX, cara singularmente a sus expectativas finiseculares, es muy acribiosa, tanto por la información como por el análisis. El automóvil, como definidor de una cultura, la obsesión farmacológica como otro rasgo también caracterizador de ella o, en la misma línea, la postura del español de nuestros días ante la muerte, son otras de las cuestiones medulares abordadas, siempre *cum grano salis* y con palmaria y deseable vis polémica por el sociólogo, sin duda, más andariego y más prolífico que hasta el momento figura en los anales de la sociología española. Con libros como éste, su estatuto epistemológico no tardará en alcanzarse y, más difícil aún, en reconocerse.

Testimonio de una política de Estado

L. López Rodó

Ed. Planeta. Barcelona, 1987.
296 páginas

A falta de otras muestras expresivas de desarrollo socio-cultural, la balumba de libros salidos incesablemente de prensas comerciales y de un muy amplio espectro institucional, parecen señalar una roborante

salud de nuestra vida intelectual. Seguramente, y pese a su gigantismo, no sea éste el mejor indicador para medir el crepitar intelectual de nuestro pueblo. Cuando menos en el terreno historiográfico, tal vector no es digno de excesiva confianza. Las postrimerías del franquismo y todo el inacabable período de la transición, constituyen, muy probablemente, el segmento de nuestro pasado más enriquecido en número por aportaciones coetáneas. Sin embargo, los frutos de esta literatura casi oceánica se encierran, hoy por hoy, en trojes muy reducidos. Entre libros *pro domo mea*, *ad usus delphinis* y otros *ad hominem*, poco queda de acribioso cuando el abaco de Clío cierne el material a disposición de sus servidores profesionales; y ello, naturalmente, sin hablar de textos manipuladores, plagarios o divertimentales, *sit venia verbo...* Excepción —y muy destacada— fue desde su aparición *La larga marcha hacia la monarquía*, que diera a la luz uno de los *factótums* de la restauración borbónica de 1975. La abundancia y rigor de la documentación, la serenidad del análisis y la correcta prosa han hecho entrar a tal libro en la categoría de clásico, hazaña doble en una obra escrita casi a raíz de aquel enrevesado y difícil proceso.

Casi una década más tarde aparecen parte de las memorias ministeriales del mencionado autor. Corto fue su paso por el palacio de Santa Cruz; pero tal fugacidad se compensó, a efectos historiográficos, con la trascendencia del período, primer acto del fin del reinado franquista.

A pesar de la calculada modestia de López Rodó, las páginas del libro comentado demuestran la enorme capacidad organizadora del destacado administrativista barcelonés. El hombre que se hacía cargo de la diplomacia hispana en el gobierno del Almirante Carrero —junio-diciembre 1973— tenía detrás de sí una dilatada experiencia en el manejo de los

aparatos del Estado, pero por encima de esta experiencia estaban sus innatas y formidables cualidades de dirección, más tal vez que de mando. Nada tiene de extraño que, en cuanto a funcionamiento de todas las piezas del Ministerio de Estado, pocos de sus titulares de la Edad Contemporánea hayan logrado de ellas un mejor rendimiento. Ninguna dejó de ser atendida ni estimulada por un gobernante muy poco dotado, por otra parte, para las relaciones públicas al estilo moderno. La administración, el servicio burocrático de la Cancillería española, revistió durante ese semestre un tono europeo. Cosa muy distinta es, claro está, las metas alcanzadas y el programa a cuyo servicio tan lubricado engranaje se puso a disposición. La política activa, e innovadora en ciertos extremos, de su antecesor no acababa de vencer a la vieja guardia de la dictadura. Ni su apertura hacia el Este ni sus relaciones con el mundo árabe gozaban del aplauso de algunos influyentes sectores del sistema (es sintomático comprobar cómo en el mismo surco se alinea la toma de postura adoptada por el último y más pormenorizado biógrafo de Franco, el eminente medievalista Luis Suárez Fernández). Aun reconociendo la necesidad de cambio y los aspectos positivos de la tarea de su predecesor, López Rodó era bien consciente del estrecho campo de iniciativa puesto a su alcance por la muy escasa o nula capacidad de adaptación al mundo contemporáneo que poseía Carrero y también un Franco privado ya, en buena parte, de reflejos, y parapetado únicamente en recursos y veteranía. Todo juicio global sobre una labor gobernante de apenas un semestre pecará siempre de apresuramiento y deformación. Pero, pese a ello, la impresión última que se extrae de la obra, objeto ahora de rápida glosa, es la de que más que de tiempo, López Rodó careció de audacia. Entre difíciles escollos optó por ser, ante todo y sobre todo, un ministro-

gestor, penetrado de la idea de que la dictadura necesitaba, para su desembocadura feliz en la monarquía, un equilibrio a todo trance; sin aventuras peligrosas que añadiesen nuevos problemas a una convivencia que en el plano político se deterioraba a ojos vistas.

Las circunstancias internacionales también contribuían a esta posición de "detente". En Francia y Portugal se vivía con conciencia histórica otros fines del reinado. Y en Norteamérica, la plenitud de Nixon y de la política restauradora de su flamante secretario de Estado, constreñían también a seguir los viejos y trillados caminos.

De ahí, que los temas de mayor relieve de la labor del jefe de la diplomacia española se centrasen en aquellos aspectos con mayor incidencia interna.

Y, en dichos momentos, ninguna, tal vez, podía disputar la primacía al eclesiástico. En efecto, después de una referencia inexcusable (pp. 23-38) al *placel* norteamericano al gobierno de Carrero, López Rodó analiza, sin ascos a la minucia, el equilibrista diálogo con la Santa Sede. En el capítulo de mayor extensión del libro (34-69), el autor pasa revista a la trama sustancial del contencioso entablado entonces entre Madrid y el Vaticano. A pesar de todos los esfuerzos que López Rodó hace por mostrar el consenso entre ambas potestades y el entendimiento de fondo de sus diplomacias, la pintura que se desprende de su argumentación no aporta, en verdad, muchos argumentos en apoyo de tal formulación.

"Cuando me hice cargo de la cartera de Asuntos Exteriores, las relaciones con la Santa Sede presentaban problemas. Los motivos principales de fricción eran el nombramiento de obispos y la actitud de ciertos eclesiásticos, especialmente entre el clero vasco, que el Gobierno considera contraria a las leyes vigentes"(p. 39).

Sabido es cómo en ninguno de ambos temas se llegó a un entendimiento de la tensión suscitada por sus diversos avalares, pese a los innegables esfuerzos realizados por el político catalán en pro de una efectiva concordia, ya casi humanamente imposible en la situación en que se habían colocado una y otra parte.

Muy interesantes son los datos que acerca de la vida interna de la Iglesia institucional española nos proporciona esta puntual crónica diplomática. No pocos tejidos vitales del organismo eclesial se aclaran o redimensionan con los pulcros datos que el historiador de las relaciones Iglesia-Estado y, en general, de la Iglesia del tardofranquismo, puede espigar en una obra realizada con voluntad de asepsia. Y muy curioso es también constatar, una vez más, la actitud o la posición en extremo cautelosa adoptada por Franco hacia la Iglesia, expresiva, para algunos de sus biógrafos, de su profundo catolicismo, pero que tal vez se enjuiciasen mejor desde la óptica de un talento político indudable, al menos en esta parcela, esencial siempre en los destinos de nuestro país.

No por azar Francia ocupa el segundo o el tercero —como se quiera— de los asuntos clave abordados por López Rodó en su breve y su puntual relato de su actuación al frente de los negocios del Ministerio de Estado en el segundo semestre de 1973. Una vez más, la situación interna condicionaba y explicaba los caminos del país en el horizonte internacional. El propio título del capítulo V refleja bien la realidad aludida: "Francia, con ETA al fondo". Aquí, el resultado negativo de las gestiones acometidas por el autor para la resolución de un problema cada día más angustioso se confiesa con menos eflujos que en los contactos con la Santa Sede. La Francia del último Pompidou no estaba dispuesta, en manera alguna, a manchar su imagen de país campeón de las libertades con una postura

de fuerza hacia los refugiados vascos. Las medidas adoptadas ante la nota de protesta del palacio de Santa Cruz por el tratamiento de algunos medios de información franceses del asesinato de Carrero Blanco, es bien contundente:

"El Ministerio del Interior francés se limitó a decretar el alejamiento de la frontera española de catorce personas relacionadas con ETA. Sin embargo, la medida sólo se aplicó a seis exiliados vascos, porque los ocho restantes no fueron hallados por la policía en sus domicilios habituales"(p. 86).

Desde el mismo ángulo cabe analizar la desnuda descripción que el sobresaliente administrativista catalán hace de su contacto personal e institucional con el régimen, también moribundo, salazarista. Su estrecha amistad con su colega Caetano le permitió sembrar algunas iniciativas tendentes a hacer entrar los lazos retóricos de ambos pueblos hermanos por las vías de una cooperación fructífera para la salida pacífica de ambos regímenes autoritarios. No queda muy claro en las escuetas páginas del libro si su autor atalayó la inminente caída del salazarismo con sus innegables consecuencias españolas; pero sí se desprende con nitidez de sus impresiones el callejón sin salida al que la fatal pérdida de las colonias condujo al régimen paternalista de Caetano:

"El Viernes Santo recorrimos el Vía Crucis del parque de Bussaco. Después de almorzar fuimos a Coimbra. El sábado dimos un largo paseo por los jardines de Bussaco. Al mediodía salimos para Leiria y allí almorzamos. Luego visitamos el castillo. A las cinco de la tarde llegamos a Lisboa. Me despedí de Caetano en su casa, sin sospechar que iba a ser la última despedida."

En estos cuatro días de convivencia en tierra portuguesa tuvimos ocasión de hablar largo y tendido. Anoté en mi diario las siguientes frases de Caetano:

"Me encuentro en un callejón sin salida. No puedo abandonar el ultramar porque los portugueses que allí residen —un millón— serían pasados a cuchillo. No hay problema de criollismo. La fórmula del general Spínola de la federación es utópica: no la acepta la ONU; si fuera viable, la firmaría en el acto".

"Spínola es un resentido porque aspiraba la presidencia de la República y le cerró el paso América Thomaz al presentarse a la reelección. No era lógico que América Thomaz, a los setenta y ocho años, quisiera ser reelegido para un mandato de siete. Lo hizo presionado por sus hijas que querían seguir siendo "familia reinante".

"Me preocupa la infiltración marxista y socialista en el Ejército a través de oficiales procedentes de la Universidad".

"Aunque me reconfortan las manifestaciones de adhesión popular, no les doy excesivo valor porque soy consciente de que la masa es tornadiza: los mismos que aclamaron a Cristo el Domingo de Ramos pidieron su crucifixión el Viernes Santo".

Bien pronto experimentó Caetano en su propia carne esta mudanza. Las aclamaciones de Viseu el 1 de abril se tornaron en gritos revolucionarios dos semanas después" (p. 118).

Gibraltar figura siempre como norte magnético de la acti-

vidad de España en sus contactos extranjeros. No podía dejar de ser así en la etapa señalada. La corte de St. James se mostró pétrea en las reivindicaciones del gabinete Carrero por la Roca. No se adelantó tampoco ni un paso en el acercamiento a los deseos hispanos, aunque López Rodó deja sentado, con un adarme de comprensible orgullo, que su asedio a la cuestión quitó algunas caretas y pretextos a la diplomacia británica.

(Pese a que el autor emplaza al lector para unos futuros recuerdos sobre la política interna en la etapa de 1973, no deja de aflorar al relato acontecimientos y claves muy sugestivas de aquella, bien que no siempre haya que acoger su escrito sin reservas. Así lo manifiesta, entre otros ejemplos, su datación de la muerte política de Castiella 34 meses antes de su cese ministerial a fines de octubre de 1967, a consecuencia aquélla —12 de enero de 1967— de un traspie cometido justamente ante Franco en el asunto gibraltareño.)

Iberoamérica es un capítulo de innegable trascendencia en la actividad ministerial de cualquier jefe de la Cancillería española. Conocedor por múltiples vías de la realidad del Nuevo Continente, López Rodó intentaría dejar huella de su paso por el palacio de Santa Cruz en las relaciones entre ambas orillas del Atlántico. Es patente que más que en otra cuestión alguna

era necesario en ésta contar con el factor tiempo. Bien planeadas algunas cuestiones desde Madrid, nada pudo, sin embargo, llevarse a cabo por la imprevista decapitación «de la experiencia del primer gabinete franquista no presidido por el dictador.

Algunos otros hilos más delgados y de secundaria importancia se anudan en el cadejo de la obra. Alemania, Malta, Marruecos, Mauritania, etc., comparecen en sus páginas con presencia furtiva y escorada. Todas las cuestiones relacionadas con estas naciones se registraron en la agenda de trabajo del laborioso ministro; pero en su casi totalidad quedaron meramente enceladas, sin que el sol del tiempo las pudiera madurar, para bien o para mal. De todas ellas, quizás el tenso diálogo con Rabat fuera la más destacada; aunque de lo apuntado por López Rodó no pueda deducirse una especial perspicuidad en el planteamiento de lo que habría de ser la última gran crisis del franquismo.

En fin, una crónica diplomática de alto valor por la riqueza de información —los apéndices insertos son, por lo común, de una subida calidad textual— y por la intención de objetividad que adorna sus páginas. Su lectura por el público culto y por los profesionales de Clío no sería tiempo dado a la diábala, como en el día ocurre con tan asidua como penosa ocasión.